



CAPÍTULO V

Estudios Culturales y Comunicación

Víctor Silva Echeto
Universidad de Zaragoza

No han sido pocas las tensiones entre dos de las corrientes críticas más importantes de la segunda mitad del siglo xx y primeros años del XXI: a saber, los estudios culturales y la economía política.

Los primeros son “indisciplinados” y, por ello, de difícil definición, mientras que la segunda se propone una lectura sobre la economía del postcapitalismo en una etapa postsoberana y postsimbólica. En el caso de los estudios culturales, el potencial de esa indisciplina-indefinida cuestiona la estructuración de un campo de estudios, y los lleva a acercarse más a un archipiélago heterogéneo de islas de diversa envergadura y unidas por la tenue línea de aquello que las separa.

En efecto, esa complejidad aumenta en la medida en que en las últimas cuatro décadas no es posible definir en forma precisa a los estudios culturales ni sus relaciones con las teorías críticas o la economía política o, en otra variante, la economía libidinal.

Esa paradójica situación lleva a los estudios culturales, desde sus inicios, a encontrarse con las fortalezas de ser archipiélagos de saberes no estructurados, heterogéneos, heteróclitos y heterotópicos, pero, de forma paralela, a debilitarse frente a las estructuras de poder disciplinario y de investigación que hegemonizan al interior de los sistemas universitarios.

Más aún, en Iberoamérica, la tardía consolidación de áreas transversales donde confluyeran las Ciencias Sociales, las Humanidades y las Artes -los lugares donde se fortalecen los estudios culturales, la economía política y las teorías críticas- lleva a encerrar los saberes y las prácticas en disciplinas, imposibilitando, de esa forma, la consolidación de las teorías críticas de la comunicación y la cultura.

Así, los estudios culturales y la economía política –en países como Brasil, Argentina, Chile, Uruguay o España- van a ingresar de manera lateral en los estudios literarios, antropológicos y de la comunicación, en los tardíos años ochenta y noventa, cuando en Inglaterra ya existen desde los años sesenta y en países como Francia, desde esos años se consolida todo el movimiento crítico postmetafísico (posmodernidad, postestructuralismo, postmarxismo).

Además, la puesta en tensión, por parte de los estudios culturales, de los ejes ideología, política, poder y cultura implicaba sumar otros problemas a su consolidación. Como escribíamos en *Caos y catástrofe* (Silva, 2014), estos ejes eran analizados –en los años sesenta y primeros setenta- de forma lineal y mecánica en América Latina. La idea de mecánica la retomo de Althusser, quien, en un texto significativo para la teoría crítica contemporánea (no para aceptarlo sin más sino para discutirlo), *Para leer el capital*, entre los tres sistemas de causalidad, en la historia epistemológica occidental, incorpora, entre los más tradicionales, el sistema mecanicista de origen cartesiano. Éste reducía la causalidad a una eficacia transitiva y analítica, por lo anterior, no podía convenir a la teoría crítica sino a través de extraordinarias distorsiones. La finalidad era pensar la eficacia de un sistema. Es bueno aclarar que los otros dos sistemas son: el representacional o expresivo (leibniziano y hegeliano) y el estructural (propuesto por Althusser). Por tanto, sí cabe destacar esa crítica al mecanicismo como sistema lineal que no permite la complejidad rizomática de los cruces entre sistemas. Ello imposibilitaba que la mirada compleja y tensa en las que colocaban a esos significantes los estudios culturales y las teorías críticas fueran incorporadas.

En ese contexto, son recordados los debates en el campo de la comunicación al interior de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC) y en los estudios literarios (las polémicas, por ejemplo, entre Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal), que mostraban la separación entre alta cultura (cultura de elite), representados por algunos paradigmas de los estudios literarios, y baja cultura

o cultura popular, representados por los estudios de la comunicación. La llamada por Andreas Huyssen gran división, de un lado el arte y del otro la cultura popular, y, entre ellas, la cultura de masas, despreciada por la primera y combatida por la segunda.

Frente a la gran división (Huyssen, 2006) o separación entre alta y baja cultura, se colocaban los estudios culturales, planteando la construcción de teorías de las culturas que se ubicaran en las fronteras, en los intersticios y en los desajustes en la mirada binaria, lineal y mecánica de los estudios de la comunicación y de las teorías críticas.

Nociones como hegemonía, desterritorialización del poder, violencia simbólica, imagería, imaginarios e imaginación, poder simbólico, textos y discursos, significantes, identidades, diferencias culturales, género y feminismos, construcción generacional, contracultura, cultura popular y cultura de masas no ingresaban en las categorías predefinidas del saber instituido. Diría más, en los años ochenta, los estudios culturales entran, sin pedir autorización, por las transversales líneas no legitimadas del poder simbólico, por las fronteras de los estudios que mezclaban la comunicación, la literatura, la antropología y la sociología de la cultura. En esos años, la economía no se reducía a un enfoque cuantitativo-neoliberal-aplicado, y se planteaba una crítica a la economía de la cultura en el capitalismo glocal.

Por ello, para remarcar las fortalezas indisciplinadas e indefinidas de los estudios culturales, para reestructurar las teorías críticas de la comunicación y la cultura, es conveniente des-ubicarlo como ejes transversales que cruzan entre las disciplinas, las artes, la comunicación y las ciencias sociales.

En ese contexto, no es adecuado convertir a los estudios culturales en una nueva disciplina o en una cerrada teoría de la cultura. Si ello ocurriera (y en algunos sitios ha pasado y está pasando), se perdería ese componente liberador, dinámico, abierto, transversal e imprevisible que los caracteriza. Se torna, por tanto, complejo definir a los estudios culturales como estudios de/sobre la cultura, indisciplinados, transversales, intersticiales, fronterizos e imprevisibles. Para los estudios culturales, la cultura es considerada como una práctica teórico-discursiva, un cruce entre el ensayismo crítico y la investigación sobre economía y política de la cultura. Es decir, las culturas son singulares y diferenciales, son críticas y desajustadas con referencia a los cánones, son imprevisibles e inquietas. Todos esos adjetivos, en forma redundante, adjetivan a la

cultura sustantiva, transformándola en lo cultural como espacio de cruce y encrucijadas entre lo político, lo económico y lo simbólico.

El Legado de Birmingham

En primer lugar, hay que tener presente que no es sólo por el impulso de la escuela de Birmingham que surgen los estudios culturales, sino que detrás de su extensa historia se encuentran las transformaciones que se venían produciendo en los estudios literarios, históricos, sociológicos, filosóficos y económicos desde finales del siglo XIX.

Es decir, Birmingham fue una de las consecuencias de los cambios que se generaron en esos años y de la crítica a la modernidad (y a las modernidades) que se consolidaría décadas después. Así, el estructuralismo, el marxismo, el psicoanálisis, la fenomenología, la hermenéutica y todos los movimientos postmetafísicos que se instalaron en la segunda mitad del siglo XX (postestructuralismo, posmodernidad y postmarxismo) pusieron en tensión las relaciones entre saberes y prácticas en las ciencias sociales, las humanidades y las artes. Por ello, como indica Raymond Williams, no puede entenderse la construcción de un proyecto intelectual o artístico sin comprender también su formación (arqueología y genealogía). Por tanto, la relación entre “un proyecto y una formación siempre es decisiva” y, en ese contexto, lo destacado de los estudios culturales es que se consagra a ambos, en “vez de especializarse en uno o en otro”. Los estudios culturales son su consolidación desde Birmingham, pero también su previo proceso genealógico de formación (con la educación para adultos y las universidades libres en Inglaterra y la reforma de las universidades en Francia y en América Latina).

Un aspecto fundamental fue la relación que se produjo en Inglaterra entre los diversos estudios (literarios, marxistas, sociales) y su autonomía de las instituciones educativas formales. Esa autonomía de las instituciones formales, por ejemplo, fue la que se generó, en el caso de la literatura inglesa a finales del siglo XIX, en la educación de adultos, en las universidades libres y en los cursos de extensión, los que implicaron una transformación y una puesta en cuestionamiento de la alta cultura, de la cultura

de elite, y una deconstrucción de las culturas y las contraculturas, como eje de tensión y disenso entre el saber y su puesta en valor. Birmingham, pero también Cambridge -donde se encontraba un solitario Raymond Williams- consolidaron y radicalizaron un proceso que ya había comenzado a finales del siglo XIX.

Los debates sobre el marxismo –por ejemplo entre Thompson y Williams-, las investigaciones que desajustaban los estatutos disciplinarios dominantes en la historia, la antropología, la literatura, la economía y la sociología, ponían en crisis los macro-temas de investigación y, utilizando herramientas teórico-metodológicas flexibles y novedosas, se preguntaban por tópicos que los grandes centros de investigación marginaban.

La Escuela de Birmingham abrió el espacio de investigación cultural fracturando y cuestionando algunos de los principales estatutos del saber universitario, entre otros: el cierre del saber en las disciplinas; la separación entre arte, cultura, economía y sociedad –considerando al primero como un espacio de distinción-; la mirada displicente hacia la cultura popular y la cultura de masas; la negación a tratar ciertos temas en las universidades por considerarlos no dignos para ser investigados, ni por su temática ni por su tratamiento metodológico; las diversas tradiciones teóricas que se integran, desde el marxismo pasando por el estructuralismo, el psicoanálisis, la fenomenología, el constructivismo hasta llegar al giro posmoderno, el feminismo, los estudios de género y de las sexualidades diferentes.

Desde la posibilidad de abrir el texto literario, pasando por los debates en torno al marxismo, a la ideología y a los nuevos sujetos emergentes, como son las subjetividades sexuales, políticas, generacionales, hasta la discusión sobre la historia y los cruces entre cultura, política y economía.

Es por ello que desde allí surgió esta poderosa máquina que cuestionaba el saber instituido. Sin embargo, con el tiempo esa mirada crítica y no complaciente, se fue diluyendo, quedando atrapada en un concepto sustantivo de la cultura que, como explicación autónoma, no la incorporó a unas tramas que tuvieran en cuenta el análisis archipiélago (volviendo a la imagen anterior). Esa idea de cultura autónoma fue atrapada en los textos, los aparatos simbólicos, la deconstrucción discursiva, el cierre de los signos; no teniendo presente que el capitalismo tardío es, también, una máquina devoradora de signos, discursos y textos, pero, de forma paralela, complaciente con la

autonomía cultural que no requiere más explicaciones –políticas, económicas, sociales- y, por lo anterior, se encierra en sí misma.

Es decir, se demandaba, más que ese cierre cultural, ampliar sus explicaciones a los cruces de diversas líneas culturales, políticas, económicas y sociales.

Así, los aportes menos significativos de los estudios culturales son los fenomenológicos y constructivistas. Mientras que los más estimulantes son: la apertura indiscriminada de los saberes y sus cruces transversales entre diversas disciplinas; la mirada crítica no complaciente, intranquila, sobre la contracultura como práctica de subversión cultural –en este aspecto recuperamos la idea planteada por Stuart Hall sobre la contracultura-; los cruces archipiélagos entre saberes instituidos y no instituidos, así como las tensiones entre arte, economía y cultura, y entre disciplinas y estéticas.

Diversos autores en ese contexto, son destacados y siguen siendo válidos en la discusión contemporánea. Para recuperar tan solo de la primera generación, se pueden citar los cruces entre literatura y comunicación, y el temprano análisis de la televisión como flujo de imágenes de Raymond Williams, sus debates con E.P. Thompson sobre cultura y conflicto social y la mirada crítica sobre esa primera generación de Stuart Hall –y sus polémicas sobre el marxismo y lo cultural-.

El Legado de Gramsci

Un aspecto central fue el legado de Gramsci para la lectura e interpretación de la cultura. Como escribe Perry Anderson (2015: 82) “En Reino Unido, la recepción de Gramsci se remonta a principios de la década de 1960, cuando todavía era escasamente conocido fuera de Italia”. Un texto clave es el de Raymond Williams *Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory* ampliado en *Marxismo y Literatura*. En ambos consideraba a la hegemonía como un “sistema central de prácticas, significados y valores que saturan la conciencia de una sociedad a un nivel mucho más profundo que las nociones comunes de ideología” (Williams, 1973: 8-13). Consideraba que la hegemonía siempre involucraba un complejo conjunto de estructuras que siempre estaban renovándose, recreándose, y se ajustaban activamente e incorporaban prácticas y significados alternativos. Distinguía entre dos tipos de culturas: residual y emergente.

Dos décadas antes que Williams escribiera su visión sobre la hegemonía llegaba a Oxford a estudiar literatura inglesa, desde Jamaica, Stuart Hall. Fundó *Universities and Left Review* en 1957 y en 1964 se incorpora al Centre for Contemporary Cultural Studies de Birmingham y comenzó una estrecha y larga colaboración con Richard Hoggart. Para Anderson (2015: 82), en el centro “comenzó a analizar los enormes cambios que se estaban produciendo en la política británica para predecir sus resultados con una precisión sorprendente en lo que sigue siendo el ejemplo más clarividente de un diagnóstico gramsciano aplicado a una determinada sociedad”. Si en 1968 había analizado con el fervor de la época: *Los hippies, una contracultura*, en 1974 durante el gobierno laborista de Harold Wilson, una colección de artículos titulada *Resistance though* publicado en castellano 40 años después como *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Tras varias citas de Marx en la primera parte denominada teoría (se refieren a teoría cultural), distinguen entre “cultura” e “ideología”: Las “clases dominante y subordinada tendrán cada cual culturas distintas. Pero cuando una cultura se vuelve predominante y la cultura subordinada se experimenta a sí misma en los términos prescritos por la cultura dominante” se vuelve, también, “la base de una ideología dominante”. En las sociedades de postguerra, “los grupos fundamentales son las clases sociales y las configuraciones culturales más importantes serán, sobre todo aunque a menudo de una forma mediada, las ‘culturas de clase’”. Las subculturas, por su parte, “son subconjuntos: estructuras más pequeñas, localizadas y diferenciadas, dentro de una u otra de las redes culturales más amplias” (Clarke, Hall, Jefferson y Roberts, 2014: 66). Por lo anterior, la hegemonía se construye desde la movilidad (Anderson lo llama *equilibrio móvil*), que es continuamente reformulada para controlar las prácticas activas de los jóvenes.

Estudios Culturales, Comunicación y *Entre*

Entonces, para no dejar de considerar las tensiones entre cultura, economía y política, las críticas políticas, culturales y visuales (al interior de la comunicación) deben de incluir en el análisis ese espacio entre (entridad), que se traslada entre los tres ejes y no permite separarlos y proponerlos como autonomías cerradas y esen-

cialistas. Así como asumir la performatividad como forma de multiplicación de las agencias (agenciamientos), poniendo en crisis a la representación, deslegitimándola, y proponiendo teorías como prácticas y escrituras críticas que des-autorizan al autor, el sujeto centrado y la subjetividad cerrada.

Más que la transdisciplinariedad que, más allá de su tránsito hacia la desestructuración y puesta en cuestionamiento de las disciplinas cerradas y encerradas en sus propios límites, sigue colocando el centro de la reflexión en los ámbitos disciplinarios (y no incluyen, por ejemplo, en su interior al arte, la comunicación, la filosofía, es decir, áreas no consideradas necesariamente disciplinarias), las teorías críticas deben de potenciar la práctica transversal, el cruce archipiélago en los espacios entre e intersticiales, agujereando las fronteras y colocando brechas en el saber instituido. La transversalidad permite la apertura del conocimiento y de la práctica de investigación; la toma de posición política y su compromiso crítico; la permanente alerta, tensión y crisis que permite analizar, reflexionar y deconstruir aquellos temas que emergen en forma fluida en las sociedades actuales; la desjerarquización, desterritorialización y descodificación de las matrices desde las cuales se diseñan las políticas de investigación, de docencia y extensión. Es decir, asumir la impaciencia, intranquilidad e incomodidad para la toma de posición. Y, si hablamos de toma de posición, nos encontramos con la crítica situada, heredera del movimiento situacionista.

En la actualidad los estudios culturales han ido dando pasos cada vez más marcados hacia los estudios visuales. De esa forma, “la metodología y las aspiraciones de los estudios culturales, sin duda su tradición de interpretación, con importantes intereses en la crítica social, marcan profundamente la forma de los planteamientos” de aquellos (García Varas, 2011: 23). En efecto, el tipo de análisis de los estudios visuales se encuentra inspirado por la crítica ideológica de la representación, “qué hay detrás y alrededor de las imágenes, social, política y culturalmente”.

Propuesta de un Programa de Investigación

Los estudios culturales deben de considerar a la comunicación desde la noción de aporía. Estas paradojas permiten analizar sus relaciones (y tensiones) con la in-comunicación, más aún, en el triple eje: medios, desclasificación y cultura visual en el contexto de la crítica de la memoria (Richard, 2010).

Sin embargo, son mínimos los enfoques sobre las aporías de la comunicación, más en una época, donde los signos del disenso, del combate de lo político, de las teorías críticas, son neutralizados por la política del consenso, del capital humano y la gestión de la cultura, el arte y la política. En palabras de Nelly Richard: “la disolución de lo político-ideológico, debido a la tecnificación de lo social y la consagración profesional del conocimiento aplicado, han reemplazado el pensar incómodo del intelectual crítico por la comodidad del saber útil del experto” (2010: 26). Es la era del neoliberalismo y de la globalización que rediseña la política en el contexto de la posdictadura, tanto en los países del sur de América como en España. El neoliberalismo no se puede considerar sólo como un sistema económico sino que es mucho más que ello: un entramado que afecta a la cultura, la sociedad, la política, la educación y el arte. En Chile, a su vez, sus capas se extendieron por las subjetividades, que fueron afectadas por el montaje de prácticas que transformaron lo social en docilidades de mercado. Hace unas décadas Norbert Lechner (2002: 72-ss) indicaba que parecía que las memorias chilenas estaban hechas de silencios y de miedos. Y sentenciaba “todavía no hemos elaborado la historia de una conciencia desgarrada” (Lechner, 2002: 73).

La acción discursiva también es conmovida por un léxico que transmuta lo político (disenso, subversión, debate) en la gestión consensuada de la política. A lo visual, en forma paralela, se lo formatea desde lo mediático, en un intento de estandarizar la diferencia. Es decir, para el capitalismo tardío y glocal hay diferencias, pero se las forja desde la administración domesticada de la diversidad.

Frente a esta perspectiva, lo visual se instala incómodamente en el entre o intersticio de lo visible e invisible, de lo discursivo y lo lingüístico, de lo textual y lo contextual. Es la aporía de la diferencia deconstructiva diferenciada (*différance*). Sin

embargo, como lo visual recicla materiales de lo tecnológico, lo mediático y lo socio-cultural, también, se lo intenta atraer desde el capitalismo de mercado de la posdictadura. Por lo anterior, la práctica de la imagen se mueve en esa inestable geografía y para subvertirla (o invertirla) manipula los más diversos materiales (estéticos, políticos, económicos, sociales, textuales/discursivos y visuales). Por lo tanto, desborda la práctica autónoma de lo especializado, excediendo la acción del arte o de la cultura popular. Estos enclaves ya no son considerados en forma binaria ni como campos autónomos sino que son desestabilizados por los entre-tiempos y los entre-lugares de lo visual.

En América Latina, las teorías sobre la comunicación de masas, generalmente siguieron los enfoques funcionalistas, neofuncionalistas o críticos, pero, en este último caso, con una mezcla muy particular de teóricos frankfurtianos y althusserianos, a los que se sumaban los aportes latinoamericanos sobre la cultura popular. No obstante, no fue hasta los años ochenta que las investigaciones en comunicación adquirieron mayores niveles de complejidad, incorporando otros marcos teóricos, como los de Antonio Gramsci, Walter Benjamin, Michel Foucault, Gilles Deleuze y la corriente anglosajona de los *Cultural Studies*. Pese a lo indicado, todavía son insuficientes los enfoques, las orientaciones que desde la comunicación analicen (con los niveles de complejidad que requieren) las relaciones y conflictos entre el arte, la estética (la estesia y la anestésica) y la cultura, en contextos de posdictadura. Más aún en España, donde en los últimos años se “despertaron” del “sueño” europeo, transformado, esta vez, en “pesadilla”. Posdictadura, neoliberalismo y docilidad de mercado son, en la actualidad, tres claves para estudiar lo acontecido en ese país.

Por lo tanto, el panorama se vuelve más complejo, porque la comunicación y la cultura de masas son cuestionadas por otras orientaciones donde nociones como las de espectáculo son extendidas a la de posespectáculo, la vieja preocupación por el simulacro y la virtualidad se actualiza como crítica de la representación y la comunicación mediática y posmediática se transforma en cultura intermediática. Es decir, ya no son los medios lo central sino lo intermedial (medios entre medios). El entre es uno de los dispositivos fundamentales para investigar sobre comunicación y cultura visual, por su carácter espacial, marginal, deconstructivo, resbaladizo y diseminador.

Las industrias culturales, la sociedad del espectáculo o la comunicación de masas, son desbordadas, entonces, por simulacros y virtualidades. Como precisa Nancy: «la “representación” no es sólo un régimen particular de operación o de técnica; esta palabra propone también un nombre general para el acontecimiento y la configuración ordinariamente denominados “Occidente”, y asimismo (...) para aquello cuya historia corre ante nosotros, rumbo a su cumplimiento, tras haber pasado por una crisis total del orden de la representación» (2006: 34). A esto le llamamos los desajustes de la comunicación e implican los desmontajes de los nexos semióticos que se generaban entre discursos e imágenes.

En ese marco de análisis es preciso analizar cómo las transformaciones bio y tanatopolíticas (reversibilidad de la vida y la muerte), producen nuevas modalidades en las miradas, los discursos y en la llamada cultura visual. Se incluyen, como requieren las temáticas que se analizan, los más diversos materiales: históricos, periodísticos, políticos, sociales, económicos, filosóficos, jurídicos, fotográficos, televisivos, cinematográficos, artísticos, museográficos, literarios; y se utilizan diferentes registros semióticos: visuales, textuales y discursivos. Más que inter o transdisciplinario es un enfoque que cruza transversalmente por esas áreas de conocimientos y por las acciones estéticas (y también estesis y anestésicas) que se producen.

Se analizan –desde lo aporético– las brechas que se abren entre la justicia y el derecho, entre la barbarie y la cultura; se actualiza la preocupación por la violencia (o, mejor aún, por las violencias), rastreando su genealogía en la crítica, porque sólo es posible analizarla desde ese intersticio en crisis. A su vez, se cuestiona, desde la arqueología de la ruina y el desastre (discontinuidad), el relato lineal narrado por la historia historicista (continuidad). Por lo tanto, hay una toma de postura en el tratamiento de los archivos, concibiéndolos como intervalos que guardan y desechan, cuestionándose la insistencia moderna por la clasificación con la acción de los desclasificados.

La llamada posdictadura en América del Sur y en España, implicó un nuevo modo de relacionarse con la política y lo político, novedosas formas de construir significantes flotantes frente a los “aparatos” (en el sentido de Flusser) de consenso global. Hay una distancia entre los contenidos de los medios y las prácticas biopolíticas, entre el análisis erudito y los nuevos modos de resignificar desde el vacío, lo local/lo popular y lo masivo. La arqueología y la genealogía de lo bio y tanatopolítico permiten

descifrar modos de ver que se encuentran presentes en la inestabilidad del tiempo, es decir, son capas de temporalidades que se entre-cruzan cuestionando la linealidad de la temporalidad histórica.

Es una era donde la comunicación es desajuste, contradicción, singularidad y opacidad, considerando que desde sus arqueologías como comunicación de masas hasta las transformaciones actuales producidas por la cultura visual, se ubica precariamente en el vaivén (aporía) entre la barbarie y la cultura. La comunicación es la aporía o paradójica situación que destruye mientras crea, que deconstruye mientras construye, que se siente atraída por la barbarie y, a su vez, por la cultura.

Referencias Bibliográficas

- Anderson, Perry** (2015) *Los herederos de Gramsci* en *New Left Review*, 100, septiembre-octubre.
- García Varas, Ana** (2011) *Filosofía de la imagen*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Hall, Stuart & Jefferson, Tony** (eds) (2014) *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*, Madrid, Traficantes de sueños.
- Huysen, Andreas** (2006) *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Lechner, Norbert** (2002) *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago (Chile), LOM
- Nancy, Jean-Luc** (2006) “La Shoah, un soplo” en *La representación prohibida. Seguida de La Shoah, un soplo*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Richard, Nelly** (2010) *Crítica de la memoria*, Santiago (Chile), Universidad Diego Portales.
- Silva Echeto, V** (2014) *Caos y catástrofe. Un debate sobre las teorías críticas entre América Latina y Europa*, Barcelona, Gedisa.
- Williams, Raymond** (1973) “*Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory*”, *NLR*, 1/82, noviembre-diciembre.

